

El Quijote o la revalorización de la desgracia humana

Ricardo Peter

“Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo”.

Si el cuerpo es nuestra puerta al mundo, es decir, si habitamos el mundo desde nuestro cuerpo y si el mundo que experimentamos gira alrededor del cuerpo que nos confina, ¿qué tipo de relación con el mundo puede tener un hombre llamado Alfonso de sobrenombre Quijada o Quesada quien, además de ser “de compleción recia, seco de carnes, enjuto de rostro” es también “un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios”? Dicho de otra manera: ¿qué experiencia del mundo o como preguntaría George A. Nelly, qué “constructos personales” puede tener un cincuentón, de mala figura, falto de muelas y de dientes, venido a menos y por lo mismo mal alimentado, quien la mayor parte del tiempo vive desvelado, que precisamente se le ha secado el seso por dormir poco y leer mucho, un ser desatinado, además de ocioso, parco y arrugado? ¿Qué clase de pensamientos y sentimientos desencadena la percepción de la realidad de un sujeto así?, ¿cómo funciona, qué conocimiento tiene de sí mismo y de lo que sucede a su alrededor?

Para un psicólogo clínico no se trata de un simple mentecato, sino de un individuo anormal: el Sr. Quijada o Quesada sería diagnosticado como una persona disfuncional y no cabe duda que la tarea del terapeuta consistiría en cambiar los procesos de cognición de su cliente. Ahora bien, ¿qué tipo de trastorno o disfuncionalidad padece este potencial paciente? Si como señala Saramago, Don Quijote es alguien que “simplemente tomó la decisión de ser otra persona”, con *El Quijote*, Cervantes aborda un problema antiguo: la dualidad de la naturaleza humana, el drama de conciliar la dualidad.

Probablemente, el tema literario del desdoblamiento de la personalidad exprese un arquetipo profundo: los seres humanos somos bifrontales como el dios Jano. La mitología sugiere que la luz y la sombra se conjugan en el interior de la misma persona, es decir, al mismo tiempo que miramos hacia donde nace la claridad, fijamos también la mirada hacia donde se oculta. Aunque no es el primero en recurrir a la duplicación, Cervantes demostró su maestría en el manejo del tema literario del desdoblamiento de la personalidad o de la personalidad múltiple. Cervantes ha desatado la locura de los prejuicios sociales. A lo largo de narraciones graciosas, bajo el ropaje de la ironía y del humor, Cervantes trata un tema escabroso para

su tiempo, objeto de la obsesión de los tribunales de inquisición: todos cargamos con un ser incurable, todos llevamos un otro censurable. Quien es auténticamente cuerdo, tiene algo de locura y quien está declaradamente loco tiene algo de cordura. No hay pues Quijano sin su Quijote, ni Quijote que no tenga su Quijano.

Podemos ubicar la máxima obra de Cervantes en el contexto de la defensa no tanto del héroe loco, como ilustró en 1886 Emilio Pi y Molist,¹ sino sencillamente de la locura. Pero no de la locura sapiencial de Erasmo de Róterdam, sino de la locura como trastorno de la mente. Su personaje central, un demente impenitente, vaga libre y sin cadenas. Con *El Ingenioso Hidalgo* despunta entonces la posibilidad de afirmar lo que la sociedad reprime. Pero, al escudar la locura, *El Quijote* despliega también un embrionario proceso postmoderno. Dado que lo postmoderno es tal en su relación al límite, en este caso, a la condición insuficiente e imperfecta del hombre, con *El Ingenioso Hidalgo* se asoma también, si quisiéramos seguir la moda y calificarla así, una vena de postmodernidad, esto es, un proceso de apropiación y revalorización de la desgracia, que es el pilar mismo de lo humano. En efecto, *El Quijote*, la novela más representativa de la modernidad, asume una visión crítica de lo que convencionalmente, como marco referencial historiográfico, llevará el nombre de modernidad. A partir de este punto, la reflexión que nos interesa no versa entonces acerca de la inequívoca modernidad de *El Quijote*, el lugar de primera magnitud que ocupa en este terreno, lo que también es una cuestión indispensable, sino, sobre cómo emerge la modernidad desde *El Quijote*.

En el arranque mismo de la modernidad literaria, encontramos un ataque a los fundamentos de la modernidad. Detectamos el atrevimiento y el arrojo de la crítica cervantina a la esencia del modernismo. Si la modernidad exalta la hegemonía de la razón, es la celebración de la utopía, el paraíso prometido por la razón, la postmodernidad que vislumbramos en *El Quijote* es su incineración. La modernidad entendida como entronización de la razón, se ve doblemente confrontada. En primer lugar, con la “sinrazón de la razón” de Alfonso Quijano o Quesada, que aún estando aparentemente cuerdo, tiene debilidad por las “intrincadas razones” de la prosa de Feliciano de Silva y, en segundo lugar, es enfrentada por la “razón de la sinrazón” del mismo Don Quijote que atesora en su cabeza pensamientos disparatados. Pero con el hecho de emplazar la razón, se resalta algo más. Aunque de manera todavía débil, apenas incipiente, Cervantes da un enorme empuje a la secularización de la razón frente a una razón teologizada o, más bien, clericalizada.

El gusto por afirmar la locura como parte de la condición humana en sí, en todo el abanico de sus ridiculeces y limitaciones, conducta considerada al tiempo de Cervantes como sinónimo de degeneración humana, y el atrevimiento de afirmarla frente a los prejuicios religiosos y sociales que la juzgaban como un problema moral, teológico o espiritual, convierte la locura de Don Quijote no sólo en un estado salvífico de quien como Alfonso Quijano o Quesada se encuentra en un momento crítico de su vida, estado de ánimo comprensible para quien alcanza una etapa otoñal, -sino que trata la locura como algo aceptable. Gracias a *El Quijote* el desvarío de la naturaleza humana se ha vuelto más social y, sobre todo, más secular, paso muy importante para que la medicina y la psiquiatría pudieran a continuación ocuparse de un trastorno que hasta entonces formaba parte del catálogo de la demonología imperante en la cultura.

El plan de Cervantes es manifestar que aun las personas cuerdas, llevan algo de loco dentro de sí. Alfonso Quijano no estaba totalmente loco, pero tampoco estaba

totalmente sano. Aunque Quijano o Quesada es un hombre erudito (había vendido “muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer”), más cuerdo que ningún hombre cuando versa sobre temas liberales, su otro yo, el Quijote, está impresionadamente loco cuando se ocupa de asuntos de ficción. Al fin de cuentas, cada uno prevalece sobre el otro según los requerimientos del momento. Podemos conjeturar que en la figura de Don Quijote, Cervantes alza su voz contra el trato que se reserva en su tiempo a los enfermos mentales y contra una teología que sostenía esas prácticas inhumanas bajo el pretexto de la ortodoxia religiosa. De repente, en efecto, la locura se vuelve galopante, andante, bajo la forma literaria de un caballero chiflado que no distingue el cartón de su escudo y armadura de las corazas reales. Cervantes disfraza a Don Quijote de un auténtico loco que anda haciendo disparates. De un loco que no deja de ser necio, en algunas ocasiones; aturdido y desquiciado en otras, pero siempre desconcertante. Pues sólo a un loco se le puede ocurrir velar toda la noche armas que no sirven y que, por lo mismo, no valen nada. De aquí que el mismo Cervantes dude que Don Quijote haya tenido sesos alguna vez. Pero estas extravagancias tienen el mérito de volver aceptable la locura, que hasta entonces era lo atrevido, objeto de persecución, de tortura y de excomunión, por parte de su época.

Está claro que a Alonso Quijano se le secó temporalmente el cerebro. La personalidad descabellada que asume, posiblemente expresión de la crisis de los cincuenta como señalamos, ha sido objeto de escudriñamiento psiquiátrico que ha sacado a relucir varios trastornos en el Caballero de la Triste Figura (¿un apodo de la melancolía o de lo que hoy denominamos depresión?). Para el DSM-IV (R),² Alfonso Quijano o Quesada y el hidalgo que lo habita, presenta varios trastornos de personalidad. Desde rasgos paranoides, hasta características esenciales de la personalidad obsesiva-compulsiva, histriónica y, finalmente, narcisista. Además, la psiquiatría no ha dudado sobre el carácter ilusorio de sus ideas relacionadas con la caballería que más bien clasifica como alucinaciones, ideas fijas, delirios, disonancias cognitivas o racionalizaciones como resultado de una percepción inadecuada de los estímulos provenientes de sus lecturas. Ya el mero hecho de leer sólo obras de caballerías es señal de obsesión.

En el caso del Sr. Quijada o Quesada no es que el mucho leer novelas lo haya llevado a la locura, sino que una forma incipiente de locura lo llevó a leer muchas novelas. Queda, sin embargo la duda de si enloqueció de tantas lecturas o de si optó por la sabiduría de la locura. Por su parte, los trastornos de Don Quijote no parecen crónicos pero sí contagiosos. En efecto, su compañero, Sancho Panza, que encarna la visión realista y pragmática de la vida, no sale bien parado, y puesto que el que con locos anda a loquear aprende, el cuerdo por excelencia, queda un poco tocado al final de las aventuras, mientras Don Quijote, según se narra en el capítulo primero de la segunda parte, en ocasión de su enfermedad, pareció al cura, al barbero, a la sobrina, al ama de casa y a nosotros todos, dotado no sólo de discreción y de palabras elegantes, sino de mucho juicio al punto que ellos y nosotros llegamos a creer que finalmente estaba del todo bueno, pero que, con desilusión de todos, al poco tiempo, recuperó a sus tremendos disparates. Y aunque Don Quijote padece delirios y alucinaciones, cree en encantamientos, pomadas mágicas y filtros de amor y practica ritos de iniciación y no parece salir de su locura, no está, sin embargo, poseído por el demonio. De esta manera, Cervantes ridiculiza el saber eclesiástico, la teología de entonces,

sobre la mente del hombre. Estar loco ya no equivale a tener pactos con el diablo.

Como hombre de fino entendimiento que había visto y viajado mucho, Cervantes, de quien sabemos que “leía hasta los papeles que encontraba en la calle”, inteligente, agudo, de gran memoria y de amplio conocimiento de la literatura italiana y española, tenía muy buen conocimiento de la cultura de su época y debió, seguramente, tener noticias de una alegoría del siglo anterior, “La Curación de la Locura”, el cuadro impactante del pintor holandés Hieronymus Bosch, el Bosco, católico ferviente y miembro de la Hermandad de Nuestra Señora, preocupado a tal punto por el pecado que aborda el tema de la locura a través de la iconografía demoníaca. Cervantes debe haber conocido el *Malleus Maleficarum*, ensayo de demonología escrito por los monjes dominicos Johan Spencer y Heinrich Kraemer donde se recomendaba el uso de la tortura y, si era necesario, la muerte de quienes padecían trastornos mentales o satánicos.

Cervantes conocía o tenía noticia de la obra sombría de Sebastián Brant, “La Nave de los Locos” (*Das Narrenschiff*), publicada en 1499, seis años antes de la aparición de la primera parte de su libro, donde se satiriza el desatino y la estupidez humana y de esta manera se juega con la concepción de la locura de la época. Conocía igualmente las deplorables acciones de la Inquisición, que bajo supuestas acusaciones de brujería o de marcas diabólicas que no pasaban de ser simples lunares y manchas de la piel, procedía a la tortura de la víctima y a la horca, si era el caso, para obtener la confesión y la salvación de su alma. Ochenta años antes de la aparición de Don Quijote en la escena cultural, Luís Vives había intervenido a favor de los enfermos mentales pidiendo un trato compasivo para ellos. Cervantes trata la locura con ternura que deriva de su sentido del humor. Y sobre todo, conocía, por supuesto, la peligrosa obra de Erasmo de Róterdam, el *Morias Enkomion*, el *Elogio de la locura*, o de la necedad, en latín, *id est stultitia laus*, escrito hacia el 1511, introducido en España un siglo antes de la muerte de Cervantes, por Hernando de Colón en 1516. Obra incluida por la iglesia oficial en el *Index* o Índice de los libros prohibidos, junto con todas sus obras, en el 1599.

El Elogio de la locura, influido por la tradición de *La Nave de los Locos*, repercute, a su vez en los grandes humanistas que precedieron a Cervantes en las letras, sobre todo en la época del reinado de Carlos I (o Carlos V emperador del Sacro Imperio Romano (1516-1558): en Luís Vives, que ya mencionamos, en Alfonso Valdés, Alonso de Fonseca, Alonso Manrique, y en Fray Luís de León. Este último castigado por la Inquisición a pasar en cárcel cinco años de su vida (de 1572 a 1577). Pero a la defensa de la locura, Cervantes une una sofisticada crítica a la razón que lo coloca en los albores de la postmodernidad. ¿En qué consiste la postmodernidad de Cervantes? Consiste en el encuentro con la realidad del hombre pero no desde la poderosa cualidad de la razón, que entonces estaba aumentado sus bonos, sino desde la fragilidad de su humanidad, precaria, limitada, defectuosa.

A este propósito, la locura no muestra la depravación del hombre, sino su humanidad. Cervantes no la describe como un trastorno moral, sino que adopta una actitud muy humana ante la locura, que produce cierto respaldo ante la vida y frente a los prejuicios sociales. Cervantes no idealiza la naturaleza humana, como hacen los escritores de novelas bucólicas o de caballerías, ni la deforma, como acontece en la novela picaresca o de evasión de su época. No mutila, sino que presenta lo humano en toda su gama de debilidades y flaquezas. Realiza un auténtico elogio de lo humano. La locura de este ser “rematado

en el juicio” es admirablemente humana. Es motivo de gozo. En algún sentido también es sapiencial, pues ayuda a vivir a un hombre ocioso que probablemente atraviesa una crisis de falta de sentido. Así, para beneficio de todos, uno de los personajes más inolvidables y admirados en la historia es un demente.

Al resignificar la locura, las pendencias, los engaños y los desengaños, los pensamientos desvariados, las batallas y las quimeras, los peligros y las alucinaciones, las adversidades y los altibajos, en otras palabras, los garrotazos de la vida, estos adquieren una nueva consideración filosófica: la vida en sí no es algo desastroso. O bien, es un desastre tremendamente humano. Pero, además, con *El Quijote* queda bien demostrado que, a fin de cuentas, aquellos que tienen sobrada razón, el cura, el barbero, y todos los personajes que gravitan en torno al Caballero de la Triste Figura, no son capaces de innovar la vida. Es la locura y no la gran fábrica de ilusiones de la razón, la que se erige en defensa de la vida. La locura es una forma de resistencia o de reciedumbre. El loco tiene su manera para postergar u olvidar lo que daña. La cordura, y no se ofendan los cuerdos, no sobrelleva fácilmente la inclemencia de la vida. De aquí que un toque de locura, de hecho Don Quijote no era loco al cien por ciento, -nos ayuda a encarar las adversidades diarias. La locura, efectivamente, suaviza la atención que la razón presta excesivamente a la dureza de la vida y enseña a practicar una desatención saludable.

La locura es un rompeolas contra el excesivo recurso a la razón, que es la verdadera calamidad de la cultura occidental. Cervantes en tono humorista se burla de los racionalistas, los ridiculiza desde la locura de Don Quijote y da a entender que la locura no sólo es cómica y motivo de narraciones graciosas y de gran entretenimiento, sino que la locura es también motivo de inspiración. Exaltando la locura, Cervantes satiriza la megalomanía de la razón y reconoce a la humanidad no sólo el derecho a ser un poco loca, sino que humaniza la locura y, en esta medida, revaloriza la vida entera.

Recepción del artículo: agosto de 2006.

Notas

¹ J. García Soriano, J. García Morales, “Guía del lector del Quijote”, en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, México, Aguilar, 1991, p. 66.

² DSM-IV, *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, MASSON S.A., 1995.